10.1/6536

IZQUIERDA REPUBLICANA
EN EL EXILIO

ATENEO SALMERON

SUPLEMENTO AL No. 4 DE
IZQUIERDA REPUBLICANA

ANTE LA SITUACION ACTUAL

A nuestros correligionarios:

Las noticias relativas a los refugiados españoles en Francia, que recibimos al principio con ansiedad e inquietud, deben ser acogidas por nuestros correligionarios con serenidad y prudencia, en espera de que se restablezcan las comunicaciones normales con aquel país y puedan hacernos llegar sus informes verídicos los amigos de Izquierda Republicana que allí quedaron. No hemos regateado esfuerzo alguno para establecer correspondencia con ellos, pero sólo podemos registrar hasta ahora un resultado negativo. En estas condiciones, es discreto que los republicanos dotados de sentido de responsabilidad no se sumen al coro delirante de quienes lanzan a control remoto cómodas y heroicas apelaciones a la insurrección —a un pueblo inerme— o sustituyen desde lejos a supuestos "Altos Mandos" en la faena de redactar novelescos partes de guerra. Rechazamos la fácil tarea de explotar a distancia el espíritu de protesta de aquellos compatriotas cuyas vidas corren hoy riesgo y el impulso de rebelión de los republicanos españoles. Nos abrasaría la pluma en la mano si la empleáramos en escribir estímulos insensatos para acciones que pueden conducir al desenfreno de la persecución franquista en España y al sacrificio estéril de miles de combatientes españoles, cuya lucha heroica no debe extinguirse en hechos dispersos ni servir más causa que la auténticamente republicana y española. Nos angustia el temor de que nuestros compatriotas —pagando imprudencias ajenas— puedan servir, en otras fronteras, de carne de cañón. También se resiste nuestra pluma a la invención de folletines, cuya única finalidad parece encaminada aunque sea involuntariamente, a presentar de nuevo al "caballero cristiano", al asesino Franco como salvador del orden y de la sociedad. La situación de los refugiados españoles en Francia es todavía lo bastante dramática —aun libres ya de la directa amenaza hitleriana— y los sucesos, de mayor o menor volumen, que, al parecer se han desarrollado en algunos puntos de la frontera española o en aldeas cercanas, ofrecen tal acento de tragedia, que sería criminal tratar de especular sobre ellos con fines partidistas.

Claro es que entre los medios para reconquistar la República y sancionar los crímenes cometidos por la Falange contra el pueblo español, no descartamos el medio revolucionario, aunque todos nuestros esfuerzos hayan de consagrarse preferentemente a preservar a nuestra patria de una nueva guerra civil. Aspiramos a que, bajo la inspiración de republicanos autorizados, la obligada solidaridad de las democracias, privando a Franco de los apoyos que lo auparon al poder como criminal instrumento de un golpe de Estado internacional, cree fuera y dentro de nuestro país aquella situación propicia que permita al pueblo español el rescate de sus derechos ciudadanos y la libre determinación de su destino nacional. En este sentido hemos proclamado siempre que la liberación de España ha de ser obra de los españoles, y, en consecuencia, de nadie hemos mendigado ayuda. La solidaridad democrática internacional que invocamos es aquélla que nos es debida y en virtud de la cual habrá de ser anulada y contrarrestada la ayuda internacional que se prestó a Franco, retirándole ahora, hasta asfixiarlo, apoyos y tolerancias que lo mantienen en el poder usurpado. Pero, si, en definitiva, las democracias desertasen otra vez de su deber —nuestra impresión en ese aspecto no es pesimista, y algunas manifestaciones recientes, como la de Cuba, son esperanzadoras—, si se nos negasen los medios para recobrar incruentamente lo que se nos arrebató por la violencia internacional, entonces nadie podría reclamar al pueblo español por recurrir a la insurrección, y llegado el caso —examinadas también las posibilidades revolucionarias—no eludiríamos nosotros, los hombres de Izquierda Republicana nuestra responsabilidad en esa resolución dramática. A lo que nos negamos desde ahora, con emoción de combatientes y conciencia de ciudadanos, es a hacer desde la impunidad revoluciones por telégrafo.

Discreto es también que los republicanos con sentido de responsabilidad se aparten de cuanto significa equívoco, barullo y confusión. Condenamos severamente la situación babélica que se ha tramado en torno de las enmarañadas informaciones periodísticas recibidas estos últimos días desde Francia. ¿Acaso la acción de unos guerrilleros abnegados —el alcance de la cual no podemos precisar por falta de informaciones concretas— autoriza a alguien a tratar de deshonrar el movimiento republicano español unciéndolo a la suprema carreta donde se nos pretende hacinar a todos con los más abyectos enemigos de la República? ¿A qué inocentes o amnésicos se intenta recetar otra vez ese repugnante jarabe hecho con ingredientes de la Ceda, monárquicos de las dos ramas y militares facciosos arrepentidos que los supremos doctores sirven estos días en sus fórmulas al dictado? Los republicanos rechazamos, de una vez para siempre, ese contubernio inmoral y antirrepublicano que tiene un precioso antecedente en la picaresca política de nuestro país: eso es lo que Lerroux llamaba "ensanchar la base de la República" —con la diferencia de que ahora ni siquiera se habla de República. Son inútiles en esa vía, todos

los intentos de captación. No nos sentimos con vocación de simples o de incautos. Pueden, pues, cesar los vanos requerimientos habituales.

Quienes pretenden aliarse —y aliarnos— ahora con "frigios", cedistas, agrarios, alfonsinos, carlistas, obispos, espadones y facciosos afligidos hubieran podido revelar su impúdico programa antes del 18 de julio de 1936, —y aún mejor, antes de octubre del 34— y seguramente se hubiera ahorrado a España muchas lágrimas. Que no se nos invite ahora para llorar más tarde las de la vergüenza de esa amalgama vituperable.

En el fondo de todo ese indignante batiburrillo apunta claramente una maniobra que tiende al embaucamiento individual y al quebranto de la unidad y disciplina de los partidos, que son los órganos vivos de la acción política y representan la democracia organizada para esa misma acción. El fenómeno no es exclusivo de la emigración española, y estos mismos días vemos cómo causa estragos en el seno de la política francesa en un momento azaroso de la misma. Se intenta desorientar, deshacer, descoyuntar, pulverizar a los demás partidos desde la firme plataforma de otro, cuya característica no es precisamente la de ser nacional, ni, en el caso español, la de ser ahora declaradamente republicano. Ello nos obliga a reiterar el cordial llamamiento a todos nuestros correligionarios para que sea reforzado y robustecido el partido de Izquierda Republicana. La condición para lograrlo es que la actividad de todos los afiliados se ajuste a la disciplina del partido —desatendiendo requerimientos a sumarse a actos o a prestar adhesión a manifestaciones que no correspondan a la propia política de Izquierda Republicana— y que sea dentro de nuestra organización —y no fuera o aisladamente— donde se debatan y fijen las posiciones políticas que permitan proseguir al partido una historia ya cargada de gloria y rica en servicios a la República.

No habrá de tardarse mucho —tal es nuestra esperanza— en poder establecer comunicación con los correligionarios que residen en Francia. Confiamos que en ellos aliente el mismo anhelo de mantener y vigorizar el partido para emplear su fuerza compacta en las luchas que se avecinan. Y nuestro deber, desde estas tierras donde hemos gozado antes que ellos del privilegio de la libertad, es ofrecer a los amigos de Francia el ejemplo de nuestra cohesión y la colaboración eficaz de un organismo de Izquierda Republicana que no ha sufrido el contagio de la confusión y el barullo inyectados por medio de consignas ajenas.

Queremos anticiparnos ya a la satisfacción que unos y otros experimentaremos cuando, establecido el contacto y cambiadas las informaciones, comprobemos que todos hemos permanecido fieles al mismo principio, leales a la misma disciplina y consecuentes en la misma conducta clara y limpia. Y esta satisfacción habrá de compensarnos de muchas amarguras pasadas y presentes, cuando, juntos los correligionarios de Francia y los de México y otros países, comprobemos igualmente que ha sido completa la identificación y coincidencia con los correligionarios que quedaron en el cautiverio español, y a los cuales van dirigidos nuestros mejores pensamientos.

Hemos de permitirnos hacer una advertencia final, a nuestros correligionarios: circunstancias como las que atravesamos, con sus informaciones desorientadoras, tendenciosas y contradictorias, suelen producir en algunos alternativas de entusiasmo y de desanimo. Hay, por lo visto, quien se complace en el juego de esa ducha escocesa descargada sobre las personas impresionables. Se pasa frecuentemente del optimismo impaciente y frenético al más negro y siniestro desaliento. Apresurémonos a decir que no son justificados ninguno de los dos extremos. Nos encontramos en un momento crítico del proceso que ha de conducir, con mayor o menor celeridad o lentitud, al fin del franquismo y a la restauración de la República. Debemos tener plena confianza en ese final, pero también conocimiento exacto de las dificultades que pudieran retrasarlo más de lo que todos anhelamos. El fin, sin embargo, es seguro. Mas deben desecharse por igual el frenesí, la impaciencia y el desaliento. Los acontecimientos deben ser vigilados con serenidad, dispuestos todos a acudir al llamamiento que se nos haga y convencidos de que hemos de recorrer aún una senda de sacrificio y de acción, para llegar a la victoria. Volvamos la vista atrás y veremos cómo la mayor parte del camino ha sido ya recorrido. No se ha dado aún el alto a nuestra fatiga. Pero divisamos ya la luz de nuestro destino de libertad. Marchemos serenamente y con decisión, sin sobresaltos nerviosos, ni decaimientos enfermizos. El régimen de Franco está condenado irremisiblemente a muerte. Ayudemos a su agonía, pero conteniendo nuestras angustias pasajeras. Mañana nos espera la victoria. Ofrezcámosle hoy todo nuestro esfuerzo, nuestra resuelta energía, nuestra activa e infatigable obra de cada día. Así procederemos como dignos afiliados al partido de Izquierda Republicana. El honor de pertenecr a él no obliga a menos.

México D. F., 5 de Noviembre de 1944.

Por la Junta Directiva de Izquierda Republicana en el Exilio,
Ateneo Salmerón

El Presidente,
PEDRO VARGAS

El Secretario,
ISIDRO SANCHEZ